

FILOSOFÍA DE LUCHA DEL PUEBLO CUBANO

Muchos en el mundo, incluso amigos, intentan explicarse lo que consideran “el milagro cubano”. ¿Cómo es posible que aún estén ahí, desafiando al imperio en su propias narices? Se preguntan, ¿de dónde les viene ese optimismo, esa confianza y esa fe de que serán capaces de sortear todos los obstáculos y salir adelante; de luchar y vencer frente al gigante de las siete leguas? ¿Cuál es la fuente interna de esa capacidad demostrada por el pueblo cubano de resistir y vencer?

Tal vez, incluso, ante el resurgimiento de la ideología fascista y la genuflexión indecorosa de gobiernos de otras partes del mundo, no pocos se hayan preguntado, cómo la Revolución Cubana con una firmeza inigualable, ha osado declarar al mundo, en la voz genuina de su máximo líder que: “Si la fórmula fuese atacar a Cuba como a Iraq [...] tal vez sea el último ataque fascista de esta administración [...]”.¹

Pueden ser disímiles las respuestas, pero indudable que, entre muchos factores, un lugar importante lo ocupa la filosofía de lucha del pueblo cubano, que es parte indisoluble de una cultura nacional de resistencia y combate, surgida en el proceso de conformación y desarrollo de la nacionalidad cubana, en el enfrentamiento directo a la dominación extranjera. Por lo general, esto escapa a la lógica del pensamiento de quienes, por no conocer suficientemente nuestras raíces históricas, les parece inverosímil la propia sobrevivencia de la Revolución. Por otro lado, nosotros mismos, al verlo tan natural y cotidiano no nos percatamos siquiera ni nos detenemos a reflexionar en ello.

En la manigua redentora de 1868 se sentaron las bases de la nacionalidad; el nacimiento de una identidad psicosocial e ideológica y de una nueva identidad nacional, cuyo resultado humano supremo es el mambí.

La convivencia común de hombres de diferentes razas, origen étnico y extracción social, en las condiciones extremadamente difíciles en que se vieron obligados a afrontar la contienda emancipadora, diferenció radicalmente a los insurrectos del resto de la población de la isla y creó en ellos una comunidad social de hombres, con una nueva psicología —la mambisa—, y una nueva ideología de emancipación nacional y justicia social.

El mambí, con el objetivo supremo de conquistar la independencia de la patria, fue capaz de los mayores sacrificios y de manifestar gran austeridad; así desarrolló un alto grado de tolerancia a la insatisfacción de las necesidades básicas, incluso, de forma prolongada. Para ello incorporó extraordinarias cualidades volitivas, como el patriotismo, la valentía, tenacidad, y nuevos valores morales: camaradería, solidaridad, confianza en la victoria; odio a la traición, al pesimismo y a la rendición, así como desprecio a la palabra derrotada.

¿No son dichos valores, acaso, la fuente de los principios que conforman lo que denominamos nuestra filosofía de lucha? Por eso, la primera gesta emancipadora aportó una historia heroica a las nuevas generaciones de cubanos.

La Protesta de Baraguá constituyó uno de los momentos relevantes en la confirmación de la filosofía de lucha del pueblo cubano, en momentos en que la conjunción de una serie de factores, llevaron a la pérdida de la unidad de las filas revolucionarias, a la indisciplina, al regionalismo, al caudillismo y, a la postre, a la rendición del Pacto del Zanjón.

La protesta, realizada por el general Antonio Maceo, un mulato humilde, demostró la tenacidad y la intransigencia de los cubanos al dejar bien claro su rechazo a los términos indecorosos de una paz sin independencia que constituía, de hecho, una rendición al enemigo. Por ello, la lucha no cesaría hasta alcanzar el objetivo supremo del pueblo cubano, su independencia.

¿No son estos los principios y valores que han acompañado a nuestro pueblo en sus luchas posteriores?

Esos valores y principios, surgidos en el accionar por la independencia, se transmitieron de generación en generación a lo largo de nuestro proceso revolucionario. Ellos inspiraron y guiaron la acción de las grandes figuras de las décadas del veinte y el treinta, la Protesta de los Trece y el ejemplo de Mella, sus luchas estudiantiles y al frente del movimiento obrero hasta la fundación del primer Partido Comunista de Cuba; de Villena y los revolucionarios de la década del 30, de Guiteras, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, Eduardo Chibás, Blas Roca y otros muchos. Estuvieron presentes en el Moncada, el *Granma*, Alegría de Pío, en el reencuentro en Cinco Palmas, en el proceso de forja del Ejército Rebelde, combate tras combate, y en las gloriosas misiones internacionalistas en Argelia, el Congo, Angola y Etiopía, entre otras. Estuvieron y están presentes, además, en cada una de las misiones de nuestros colaboradores, en los maestros, médicos y técnicos en cualquier lugar del mundo, porque fueron enriquecidos y multiplicados por la obra humana de la Revolución en su enfrentamiento frontal con el imperialismo norteamericano, lo que ha devenido parte indisoluble de la cultura y la vida cotidiana de nuestro pueblo. Solo así se puede comprender su capacidad de resistencia en el período especial, su altruismo y desinterés, su fidelidad a la causa revolucionaria y su enorme obra solidaria e internacionalista.

LA FILOSOFÍA DE LUCHA DEL PUEBLO CUBANO Y LA CONCEPCIÓN DE GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Con el triunfo de la Revolución Cubana, el conflicto con el enemigo histórico de nuestra nación, el imperialismo yanqui, que ha tratado de destruirnos con todos los medios a su alcance, entró en una fase superior y sin precedentes. Ante la necesidad de conservar las conquistas alcanzadas frente a los ataques de los enemigos internos y externos, la Revolución ha tenido que realizar grandes esfuerzos para fortalecer la defensa del país, pues, como expresó Martí, la libertad cuesta cara, o te resignas a vivir sin ella o pagas el precio necesario. Ese precio estamos dispuestos a pagarlo, lo que quedó confirmado por el Comandante en Jefe durante el Primer Congreso del Partido: “Mientras exista el imperialismo, el partido, el

Estado y el pueblo le prestarán a los servicios de la defensa la máxima atención. La guardia revolucionaria no se descuidará jamás. La historia enseña con demasiada elocuencia que los que olvidan este principio no sobreviven al error [...]”.²

Esa ha sido nuestra guía a lo largo de muchos años y lo seguirá siendo por sobradas razones.

La concepción de guerra de todo el pueblo sintetiza la cultura cubana de lucha y las tradiciones combativas del pueblo desde 1868 hasta nuestros días; las experiencias del movimiento revolucionario internacional en la realización de las guerras populares, así como las enseñanzas de la historia militar y los principios básicos de la ciencia militar contemporánea. Esa concepción parte de los principios estratégicos militares básicos, expuestos por Fidel, a saber:

1. La guerra no se debe provocar, pero la afrontaremos si el enemigo la impone.

La elevada preparación para la defensa, según la concepción de Fidel, previene y evita la agresión con lo que se defendería la paz previniendo dicho enfrentamiento pues el enemigo estará consciente del elevado precio que tendría que pagar por un ataque militar. “En la medida en que ellos nos sepan fuertes, tanto porque dispongamos de las armas necesarias, como por la solidez de nuestra unidad y de la moral de lucha del pueblo cubano, en esa medida [...] pensarán mejor antes de sugerir o dar su aval a una agresión contra Cuba”.³ Por eso la guerra que evitemos es nuestra mayor victoria.

“Plan contra plan. Sin plan de resistencia no se puede vencer un plan de ataque”, escribió Martí en el periódico *Patria*, el 11 de junio de 1892.

2. Una vez desatada o impuesta la guerra hay que conducirla con éxito.

Ello supone seguir una estrategia y táctica militares adecuadas y científicamente fundamentadas, que se basen en los más novedosos aportes de la ciencia militar y las experiencias combativas de nuestro pueblo y del movimiento revolucionario internacional.

3. La guerra no puede concluir si no es con la victoria o la muerte y, para Cuba, no puede haber otra alternativa que la victoria, cueste lo que cueste.

La concepción de la guerra de todo el pueblo parte de la idea de que el deber de cada cubano, y en particular de los revolucionarios, es contraponer a los designios hegemónicos del imperialismo una impenetrable defensa militar que le haga pagar un alto precio al agresor, en un enfrentamiento armado donde participará toda la población.

El rasgo distintivo de la guerra de todo el pueblo es su carácter genuinamente popular, pues la gran superioridad tecnológica del enemigo se suple oponiéndole una guerra generalizada, donde cada ciudadano disponga de un medio (fusil, granada, machete, arma rústica, o la arrebatada al enemigo), un lugar y una forma de lucha, que haga del país un infierno dantesco, un avispero, que hostigue y desmoralice al enemigo y lo obligue a desistir de su intento.

1 Fidel Castro Ruz: “Discurso en el acto por el Día Internacional de los Trabajadores”, 1ro de mayo de 2003, Tabloide especial, No. 7, 2003, p. 15.

2 *Informe central al Primer Congreso del PCC*, Editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del CC del PCC, La Habana, 1975, p. 187.

3 Raúl Castro Ruz: “Discurso clausura de la V Reunión de Secretarios del Partido en las FAR”, Compendio de dicha reunión, Dirección Política de las FAR, No. 1, p. 61.

Esto es posible cuando la defensa se concibe como una acción de masas, donde la Revolución, que cuenta con el apoyo mayoritario del pueblo, lo organiza, arma y prepara para ello.

La fuerza moral de la Revolución, por su política justa y honesta, se traduce en un consenso popular, en una unidad en torno al partido y al gobierno. En un entusiasmo revolucionario de las masas, que alcanza una connotación político-social indoblegable, por la incorporación concreta y voluntaria de estas a la solución del problema de la defensa. Una revolución es militarmente vulnerable cuando ocurre un divorcio entre partido, gobierno, ejército y pueblo. La guerra revolucionaria es justificable solo en la unidad con el pueblo. La unidad legada por Martí constituye para Fidel “[...] una de nuestras armas fundamentales para sobrevivir como proceso revolucionario [...]”,⁴ a la que no se puede renunciar pues el imperialismo aprovecha las disensiones internas, que debilitan las revoluciones para aniquilarlas, buscando cualquier pretexto.

El pueblo, por una parte, hace suya la Revolución por su limpieza moral; por la unidad de la palabra y los hechos; la renuncia al empleo de la mentira, la demagogia, del nacionalismo, el fanatismo y la xenofobia y al culto a la personalidad como instrumento político; por la convicción de no cometer abusos de poder, ni violación de la legalidad, represión, torturas, crímenes, ni actos de crueldad contra el pueblo, y utilizar solo los medios legales (tribunales de justicia y leyes) para defender las conquistas revolucionarias.

Para alcanzar esos objetivos, se sintetizan como ideas principales de nuestra filosofía de lucha, las siguientes:

- Las banderas de la Revolución y el socialismo nunca se arriarán sin combatir hasta la muerte.
Jamás un pueblo tuvo cosas tan sagradas que defender, ni convicciones tan profundas por las cuales luchar. Para nuestro pueblo serían incalculables las consecuencias de una victoria enemiga; enorme y estéril el derramamiento de sangre de hombres y mujeres inocentes, e incluso, el genocidio que indudablemente desataría la sed insaciable de venganza de la contrarrevolución.
- La defensa de la patria socialista es un deber de todos los cubanos.
Para que vivan y se realicen nuestros ideales es imprescindible conquistar y conservar los derechos, no pedirlos ni mendigarlos, sino arrancarlos. El incumplimiento de estos postulados sería un crimen y una traición.
- Rechazar y abolir de nuestra terminología militar las palabras rendición y derrota, pues su práctica es propia de cobardes y desmoralizados. Los cobardes reciben el desprecio y humillación hasta de sus propios enemigos. La vida demuestra que las posiciones blandengues ante el adversario conducen a la traición. La independencia y la libertad solo se

conquistan y defienden con posiciones de principios.

Cada combatiente revolucionario debe tener la convicción de que podremos ser exterminados, pero no derrotados. “[...] la historia nunca podrá considerar derrota cuando un pueblo es capaz de resistir y mantener sus banderas sin plegarlas hasta el último aliento [...]”.⁵ El exterminio sería entonces una victoria pírrica y, a la vez, un profundo revés moral para el enemigo. Por eso: “Quien se rinda o pretenda rendirse o conmine a la rendición, sea el que sea, debe ser ejecutado en el acto o fusilado después de un rápido juicio sumárisimo, si es que hay tiempos para formalismos”.⁶

- Vale más morir que caer prisionero del enemigo.
“[...] solo muerto o completamente incapacitado, puede ser hecho prisionero un oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”.⁷
Y aun en tales condiciones, será capaz de mantener su dignidad y decoro, se mantendrá firme y defenderá con orgullo y convicción la justicia de nuestra causa e ideales.
- El deber del combatiente revolucionario es combatir hasta la muerte, si fuera preciso, en cualquier situación y condiciones, incluso, sin alimentos y medicinas, o cuando quede aislado, consciente de que la Revolución está en cada uno de nosotros (la Revolución soy yo, el socialismo soy yo), pues, mientras viva un combatiente, con él se mantendrán vivas las ideas revolucionarias y la Revolución.
Uno de los elementos importantes es la decisión de lucha del pueblo cubano que se manifiesta en la voluntad de defender la patria, la Revolución y el socialismo en cualquier circunstancia y condición, hasta la muerte si fuera necesario. Estos valores espirituales generan confianza plena en la victoria, una fe que no es fruto del fanatismo, sino de una convicción racional y lógica, que se sustenta en los ideales y condiciones que forman parte de nuestra nacionalidad y son resultados del análisis de las realidades de cada momento y de la elaboración en una estrategia y táctica de lucha correctas, además de las acciones concretas de los dirigentes revolucionarios para alcanzar los objetivos propuestos.
Esa fe se concreta en la confianza de los hombres en sí mismos, en el armamento, en los jefes, en la masa de combatientes. Es la seguridad de que, independientemente de las dificultades, de los reveses, de lo desigual del combate, de los sacrificios, nuestra causa se impondrá. Y ello nos da fuerza para luchar.
- Cada combatiente revolucionario debe estar preparado para continuar la resistencia y la lucha ininterrumpidas, caiga quien caiga, por muy querido e importante que sea. Así como,

para asumir la responsabilidad de un Comandante en Jefe y actuar en consecuencia.

“En cada jefe político y militar de cualquier nivel, en cada soldado individual hay un Comandante en Jefe potencial que sabe lo que debe hacer y, en determinada situación, cada hombre puede llegar a ser su propio Comandante en Jefe”.⁸

- Todo oficial y cuadro debe estar preparado y habituado no solo a recibir órdenes, sino que tiene que ser capaz de pensar por sí mismo, asumir responsabilidades, y estar dispuesto a ponerse al frente de cualquier grupo de compañeros, grande o pequeño, en que por determinadas circunstancias quede aislado, y conducirlo al combate aunque no pueda recibir órdenes y misiones.

“Una unidad militar puede quedarse sin mando; pero mientras haya una escuadra, hay un germen de un ejército guerrillero. ¡Y mientras haya un hombre con un fusil hay un germen de un ejército guerrillero!”⁹

Un revés durante el combate puede motivar pesimismo, frustración, desaliento..., pero es obligación del combatiente revolucionario contraponerse a ese estado de ánimo adverso y encontrar rápidamente los resortes morales e ideológicos que le permitan convertir el revés en victoria.

Fuente de esos principios es la fe en los ideales que defendemos, el grado de convicción revolucionaria, el tesón, unido a la confianza en los jefes, sus compañeros y en el pueblo.

- Habrá que defender cada palmo de nuestro suelo patrio.

Atendiendo al principio básico del carácter territorial de nuestra defensa, la guerra del todo el pueblo es la garantía de que no exista un rincón del país desguarnecido; de que se defenderá cada palmo de nuestro suelo. En este tipo de defensa no habrá frente ni retaguardia, pues estará allí donde se encuentre el enemigo, oponiendo la resistencia decidida y tenaz.

El terreno es nuestro principal aliado si lo conocemos minuciosamente, metro a metro, y lo continuamos preparando desde tiempo de paz de manera adecuada.

En este país el enemigo no tendrá ni un metro cuadrado donde pueda estar seguro, donde no tenga la amenaza de volar con una mina, o caer en una emboscada que lo aniquile; siempre encontrará una resistencia permanente. Y para esto, el sistema defensivo se perfecciona constantemente.

- Las posiciones defensivas no podrán ser tomadas a pesar de las fuerzas y medios sofisticados que el agresor utilice contra ellas. Todo medio militar es vulnerable. No existe tecnología contra el movimiento de resistencia popular con ideas patrióticas y revolucionarias.

4 Fidel Castro Ruz: “Entrevista concedida a la revista *Siempre*”, *Presente y futuro de Cuba*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1991, p.30.

5 Fidel Castro Ruz: “Conversación con Ricardo Utrilla y Marcial Marín, de la agencia española EFE”, 13 de febrero de 1985, Suplemento periódico *Granma*, 21 de febrero de 1985, p.5.

6 Raúl Castro Ruz: “Discurso clausura de la V Reunión de Secretarios del Partido en las FAR”, fuente citada, p.76.

7 *Ibidem*, p.60.

8 Fidel Castro Ruz: “Segunda epístola”, 21 de junio de 2004.

9 Fidel Castro Ruz: “Discurso en el acto central por el XIV aniversario del asalto al cuartel Moncada”, 26 de julio de 1967, Departamento de Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado, Exp. 705-286, pp. 43-44.

rias. A ellas se opondrán la valentía, la conciencia y la inteligencia de cada combatiente revolucionario.

En este sentido es importante desarrollar en cada combatiente, especialmente en el cuerpo de oficiales, la audacia, la astucia y la creatividad, que permitan anular la superioridad tecnológica del enemigo en el combate.

- La orden de alto el fuego no será dada jamás, cuando implique claudicar ante el enemigo. No puede haber soluciones basadas en capitulaciones ni concesiones.
- La victoria definitiva será nuestra, por difícil que sean las circunstancias en que se desarrolle la lucha. No habrá pacificación posible, que constituiría un nuevo Zanjón en nuestra historia. La lucha no debe cesar hasta lograr la retirada incondicional del enemigo de nuestro suelo patrio; una paz justa, que significa dignidad, moral, y principios, soberanía e independencia total.
- Causar la mayor cantidad de bajas posibles al enemigo en fuerzas vivas, es nuestro principal objetivo.

Las bajas, especialmente los muertos, pero también los heridos, sobre todo los que quedan discapacitados o limitados, continúan siendo el talón de Aquiles de la sociedad norteamericana. Sus dirigentes políticos y jefes militares están conscientes de esa realidad.

La guerra de Vietnam costó 58 000 vidas a la población estadounidense, lo que generó el conocido “Síndrome de Vietnam” que desempeñó, junto a otros factores, un importante papel en la derrota final. En Somalia, las imágenes de militares norteamericanos muertos por grupos de combatientes locales horrorizaron a la población de Estados Unidos. Iraq ha sido

una pesadilla para los yanquis, que ha motivado fuertes movimientos antibelicistas en su país y el rechazo de las fuerzas progresistas del mundo.

El precio que pagaría cualquier agresor que intente apoderarse de Cuba sería muy alto y jamás podrá doblegar a este pueblo.

Los años de preparación para la defensa han convertido a nuestra patria en una trampa para el invasor para todos los tiempos. Esta convicción quedó claramente refrendada por el Ministro de las FAR cuando expresó: “Quien meta una bota en son de guerra en Cuba, perderá la bota con la pata adentro”.

Ello, sin embargo, no supone el culto a la violencia, sino muy por el contrario, en condiciones en que la lucha armada sea impuesta por el enemigo, la guerra de todo el pueblo rechaza toda práctica del empleo de medios y métodos de la guerra que entren en contradicciones con los principios humanistas y revolucionarios que la inspiran.

De ahí, el elevado código ético exigido a los combatientes revolucionarios, como parte de su filosofía de lucha:

- El combatiente revolucionario debe dirigir sus acciones: a luchar contra las fuerzas vivas del enemigo en combate, a la protección de la población civil en las áreas de combate y al respeto a la población.
- Rechazar el empleo de los inútiles métodos terroristas: atentados, magnicidio, que conducen al sacrificio estéril de civiles inocentes.
- No buscar glorias militares, evitar derramamiento inútil de sangre, es preferible una solución política, siempre que sea posible, para conseguir los objetivos propuestos, sin sa-

crificar vidas humanas, pero con la disposición para enfrentar firmemente todos los peligros y situaciones.

- No humillar al enemigo, ni ser arrogantes y prepotentes, ni vanagloriarse de los éxitos militares.
- Respetar la dignidad humana en las relaciones entre compañeros y hacia el enemigo, rechazar el uso de la tortura, de la violencia física o del abuso del poder.
- Rechazar el uso de la ejecución extrapenal, la justicia por cuenta propia u otra forma de violación de la legalidad.

Esta filosofía de lucha, surgida en la génesis de la nación cubana en el seno de un pueblo enérgico y viril, es hoy el arma más eficaz y poderosa para hacer morder el polvo de la derrota a quien intente apoderarse de Cuba. Somos un pueblo decidido a luchar, convencido de que es preferible desaparecer de la faz de la Tierra antes que renunciar a la obra noble y generosa por la cual muchas generaciones han pagado un elevado precio en vidas de sus mejores hijos, y por eso somos inconquistables e invencibles.

Como expresó nuestro Comandante en Jefe en su reflexión política “La llama eterna”: “La lucha debe ser implacable, contra nuestras propias deficiencias y contra el enemigo insolente que intenta apoderarse de Cuba”.

“Este punto me obliga a insistir en algo que no puede ser jamás olvidado por los dirigentes de la Revolución: es deber sagrado reforzar sin tregua nuestra capacidad y preparación defensiva, preservando el principio de cobrar a los invasores en cualquier circunstancia un precio impagable”.

“[...] La vida sin ideas de nada vale. No hay felicidad mayor que la de luchar por ellas”.¹⁰

10 Fidel Castro Ruz: “Reflexión del Comandante en Jefe: La llama eterna”, 1ro de agosto de 2007, *Granma*, p. 1.